

# LA VOZ DE LA CARIDAD

N.º 292.—1.º de Mayo de 1882.

*Dios es caridad, (San Juan,  
Epíst. I, 4, 8.)*

---

EN NOMBRE DE LOS POBRES.

---

\*\*\*—Recibidos y muy agradecidos los 40 rs. de su limosna mensual.

---

OBRA ESPAÑOLA EN TERRITORIO ALEMÁN.

---

La caridad es cosmopolita.

Lo mismo en las grandes poblaciones que en las pequeñas aldeas, en los países helados del Norte que en las templadas zonas del Mediodía, sea cual fuere la diferencia de costumbres, de ideas y de civilización; allí donde hay miserias que remediar, que por desgracia las hay en todas partes, y corazones templados al calor de los sentimientos puros de la compasión, que afortunadamente nunca faltan, allí brotará la caridad, ostentándose, no solo como virtud cristiana, sino como bello indicio de la civilización mejor entendida.

Pero este carácter de generalidad no impide que, para nosotros los españoles, sea doblemente grato ver la acción caritativa ejercida por manos españolas, con destino á todos, pero especialmente á pobres españoles también, y esto en países remotos y extranjeros.

Así nos sucede al leer una interesante carta de Hamburgo, en que se refiere la inauguración del hospital católico fundado en aquella ciudad. Quisiéramos poder insertar íntegra esa carta, porque ella expresa con elocuente y fervorosa sencillez mucho más de lo que nosotros podamos decir; pero ni la carta es nuestra, ni estamos autorizados para publicarla.



La historia de ese hospital tiene un origen de tierno interés, y representa cinco años de los trabajos más fervorosos por parte de una compatriota nuestra, cuyo nombre, aunque sea faltando á las prácticas de nuestra Revista, no queremos ocultar, por lo mismo que está tan lejos de España, tantos años ausente de ella, y destinada quizás á vivir siempre en aquella tierra extranjera, que la distingue con su aprecio muy merecido. Es nuestra antigua y constante suscritora, la señora doña Emilia Scholtz, hija de aleman, pero nacida y criada en Málaga, donde es muy conocida su respetable familia, hasta que casó en 1858 con Mr. Schramm, rico banquero hamburgués.

Un dia hace cinco años, Mad. Schramm fué avisada de que en el hospital de Hamburgo habia un jóven español atacado de mortal enfermedad, que á nadie conocia, que no entendia el idioma aleman, y que, por esta circunstancia, á pesar de los cuidados del establecimiento, iba á morir en cierto desamparo de consuelos y de auxilios de nuestra religion, pues la intolerancia protestante no permitia que entrase allí el sacerdote católico (1).

Nuestra compatriota, que habla el aleman lo mismo que su propio idioma, corrió al hospital, vió al pobre español, y le prodigó todos los consuelos y auxilios posibles, continuando esta buena obra con el mayor celo durante las cuatro semanas que se prolongó la existencia de aquel desdichado.

Este triste suceso impresionó á Mad. Schramm; habló á su marido, que es un anciano incansable para hacer bien; consultó con las hermanas de la Caridad, que tambien allí las hay, y entre todos, y con el auxilio de parientes y personas buenas, lo mismo católicas que protestantes, se acometió valerosamente la empresa de construir un hospital con destino á los extranjeros, y especialmente á los españoles, donde pudieran los enfermos recibir, no solo la asistencia médica más esmerada, sino los consuelos de la religion católica, pues siempre es tristísimo llegar á los últimos dias de la vida en país extranjero, y no poder oír en el idioma patrio las pala-

---

(1) No sabemos si subsiste todavía en la actualidad esta prohibicion.



bras consoladoras y santas de la religion que se ha profesado desde la niñez.

La empresa era tan osada como generosa, pues habia que buscar recursos para todo, desde el terreno para construir el edificio, hasta las ropas para los enfermos y su mantenimien- to ulterior; y aunque en Alemania hay mucha caridad, natu- ralmente era de temer que tuviese preferente aplicacion á las empresas benéficas peculiares de los alemanes. Podia haber hasta el recelo de que el carácter católico del nuevo hospital que se proyectaba, produjese algun retraimiento ó desvío por parte de los protestantes, que son la mayoría del país.

No sucedió así, sin embargo. Si mucho ha sido el incan- sable afan de Mad. Schramm, principal iniciadora de la idea y activa trabajadora para su ejecucion, mucha ha sido tambien la generosidad de las personas, especialmente seño- ras, que la han ayudado, principiando por su excelente y bon- dadoso marido, que contribuyó con una suma considerable.

El Senado de Hamburgo cedió gratuitamente el terreno, que comprende una extension de cuatro mil metros cuadra- dos; el arquitecto hizo gratis tambien los planos del edificio, cuyo coste se presupuso en 150.000 *marcos* (próximamente unos 54.000 duros); hubo funciones de teatro, *matines* musi- cales, rifas, bazares, y una cuestacion incesante é irresistible, dedicando los productos de todo á la obra; llegaron donativos del extranjero, hasta de naciones remotas, como el Perú; y los del país fueron cuantiosos, entre ellos uno de mil *thalers* (unas 3.750 pesetas) del Emperador de Alemania.

Merced á todo esto, se hizo el edificio, y el dia 25 de Mar- zo último se inauguró el servicio del nuevo hospital con nu- merosas camas, no pocos enfermos, y con la asistencia de be- neméritas hermanas de la Caridad. Celebróse al efecto una solemne bendicion y funcion religiosa, con asistencia de mu- chos protestantes, y reinando en aquel acto la alegría y el entusiasmo santo de quien vé coronada la obra para hacer bien á sus semejantes desvalidos.

Un detalle: el surtido de las ropas, que envidiarían el hos- pital general de Madrid, ó el provincial de Sevilla, que son de los más grandes que hay en España, consta de 179 doce-



nas de piezas (entre ellas 26 docenas de sábanas), y ha sido cortado, cosido y marcado, sin coste alguno, por las manos trabajadoras de la misma Mad. Schramm, sus hijas y sus amigas. Se necesitaron 23 grandes cestos para trasladarlas á la ropería del hospital.

En los tiempos antiguos solian ser los monarcas, los príncipes, los prelados ó los magnates los que hacian las fundaciones de los hospitales, y así llega hasta nosotros la memoria de su espléndida munificencia. Hoy suele ser la iniciativa particular y el espíritu de asociacion, especialmente de las señoras, la que, fervorosa é incansable, se ocupa en arbitrar recursos, en darlos de su bolsillo particular, en vencer inconvenientes y en salvar obstáculos; y todo esto, no para montar grandes establecimientos industriales, no para conseguir ventajas del buen vivir, no para hacer un teatro de lujoso placer, sino para presentar en otro teatro más hermoso, que es el de los sentimientos compasivos, el espectáculo de pobres enfermos que sufren y de ricos generosos que les consuelan y asisten con evangélica y santa caridad.

Los progresos de la civilizacion moderna van abriendo las fronteras, que en tiempos pasados parecian murallas de la China, en desconfianza recelosa, para dificultar la entrada de los extranjeros. Hoy, el periódico, el telégrafo y la locomotora penetran por todas partes; y si algunas veces (¡que Dios quiera vayan siendo siempre las ménos!) lo hacen para llevar el azote de la guerra, congratulémonos de que más frecuentemente llevan las ideas generosas y pacíficas de paz, de trabajo fraternizador y de tendencias hácia el bien.

Ejemplo de esto es el nuevo hospital de Hamburgo. Satisfechas pueden estar sus caritativas fundadoras y colaboradoras. Nosotros les enviamos nuestra modesta y muy sincera felicitacion.

FAUSTO.

---

## LA COLONIZACION DE FERNANDO PÓO

POR MEDIO DE GRANDES CRIMINALES.

---

El artículo que sobre este asunto insertamos en nuestro



número 290, se habia publicado hacia muchas semanas en *El Dia*. En este intermedio, el proyecto pasó de la Direccion de Establecimientos penales al Consejo Penitenciario, que ha informado muy desfavorablemente, como era de esperar, dada la ilustracion de muchos de los individuos que le componen.

Basta la razon para condenar *á priori* las colonias penales ultramarinas y á largas distancias; pero, además, los hechos confirman continuamente los racionamientos, y vamos á poner en conocimiento de nuestros lectores algunas que sobre este asunto vemos en la *Rivista di discipline carcerarie*.

Escriben de París á la *Opinione*:

«CÓMO SE TRATABA Á LOS DEPORTADOS DE NUEVA CALEDONIA.

»No hace mucho leia la exposicion de los hechos denunciados por el amnistiado Humbert, vuelto de Nueva Caledonia, y sobre los cuales la comision de la Cámara ha abierto una informacion. De los documentos examinados, informes administrativos, investigaciones, correspondencia, declaraciones bajo juramento dadas por los testigos citados, resulta ser *ciertos* los hechos y exactísimos. Resumo los más importantes:

»Los deportados de la *Commune* eran tratados como forzados, aunque fuesen deportados políticos.

»Despues de la evasion de Rochefort, fueron encadenados y *encollerados* con los criminales peores.

»El trabajo, de facultativo, se hizo obligatorio, y á los que por motivos de salud no podian trabajar, se los redujo á media racion. Pero esto no es nada: en caso de resistencia por parte de los deportados, se hacia fuego sobre ellos como sobre bestias feroces.

»A un tal Sibert, condenado á ser apaleado en presencia del comandante Parisot, éste hizo aplicar hierro candente sobre sus heridas; (este hecho fué anterior á los de la *Commune*).

»Las *esposas* se empleaban como instrumento de tortura para arrancar la confesion de delitos ciertos ó imaginarios; este instrumento estaba aún en uso en 1878, como tambien



el suplicio llamado *crapaudine*, que consiste en maniatar al condenado y suspenderle por los piés y las manos...

»Leyendo esto, pensaba en la Bastilla demolida hace cerca de un siglo por el pueblo furioso; en el Santo Oficio, cuya sombra turbaba el sueño de los romanos hasta Setiembre de 1870! Parece imposible que, despues de tanta sangre derramada por la libertad, tantas leyes de fraternidad y de justicia, y de estar tan orgullosos con nuestra civilizacion, se hayan mantenido á la sombra de la bandera francesa costumbres tan bárbaras que extremecerian á un *Torquemada*. Esperamos que la informacion dará buen fruto.»

Nosotros lo deseamos tambien, pero persuadidos que los frutos de las colonias penales ultramarinas y lejanas serán siempre muy amargos. Debemos hacer notar que esos horribles tratamientos se imponian á los franceses durante el imperio, cuando podian ser deportados por *pertenecer á una sociedad secreta*. La deportacion, más ó menos, une en todas partes la crueldad á la hipocresía, é inmola fingiendo blandura. La deportacion es la impunidad, á veces la fortuna, la tortura ó la muerte. ¡Qué igualdad ante la ley, y qué criterio jurídico!

---

## EL USURERO.

---

¡Quién es el usurero? Todos le conocemos; la sociedad entera siente aversion hácia ese hombre, cuyo solo nombre espanta. El que, por ventura, no tuvo que recurrir nunca á él, sabe sus estragos en casa del vecino; el que, por desgracia, pudo apreciarlos en sí mismo, ese quizás diga al ver el principio de este desaliñado relato: ¿para qué hablar de un ente cuyo recuerdo me estremece? Acaso nuestra imaginacion nos lo presenta siempre bajo un tipo mezquino, de raído trage, de recelosa mirada, y realmente existen de tal aspecto; pero los hay, sin embargo, en más alta escala, vestidos por el mejor sastre, y quizás hasta con buenos trenes: preguntad á unos y á otros de qué se ocupan, y no hay duda que os contestarán ambos, que en tener en *movimiento* su capital, en



*hacer negocios...* Los primeros vuelven satisfechos á su modesto hogar, sin pensar en sus víctimas; los segundos, si los mirásemos con atención, quizás pudiéramos obtener la huella de algunas lágrimas en su levita, arrancadas á la infeliz viuda, al pobre huérfano, que, al ver agotados los recursos, tuvieron que acudir al último, quizás al más penoso de todos. En las provincias está, por desgracia, muy generalizado ese comercio. ¡Cuántos con pequeñísimo capital se han hecho ricos, centuplicándole en poco tiempo!

Ciertamente no es de envidiar su pingüe fortuna, basada en las amarguras de sus semejantes: muchas consideraciones se agolpan á nuestro pensamiento, pero como quiera que no ha sido nuestro propósito al empezar á trazar estas líneas formular un artículo de reflexiones sobre la usura, reconociendo nuestra insuficiencia para atacarla en debida forma, nos limitaremos á hechos prácticos, refiriendo un cuadro de los muchos que ofrece esa funesta industria.

Érase una familia de la clase media; el marido, empleado, de perfecta honradez, trabajaba asiduamente todo el mes, y al terminar éste, venia á su casa satisfecho con su paga, que distribuía en unión de su virtuosa esposa, con todas las reglas de una prudente y bien entendida economía, siguiendo su vida, si no en la opulencia, con el bienestar que proporcionan no carecer de lo necesario y una conciencia tranquila. Este matrimonio no tenía más que una hija de alma angelical y figura encantadora. Educada en sólidas máximas religiosas, crecía al lado de sus amados padres, como el tierno capullo que entreabre sus olorosas hojas á la fresca brisa de la mañana, amparado por el frondoso rosal de donde naciera. Compartía su amor con Dios y con los autores de sus días, y llegó á los diez y seis años sin que pena alguna nublará el horizonte que la rodeaba; pero había de llegar un día en que la pobre niña vertiera sus primeras lágrimas, en el que conociera la verdadera expresión de su hermoso nombre, que era el de María de los Dolores: agudos fueron, en verdad, los que afligieron su tierno corazón. Acaso el asiduo trabajo sin tregua, quizás también la edad, todo influyó á quebrantar la salud de aquel honrado padre de familia; resistió, no obstan-



te, muchos dias ese malestar que antecede de ordinario á las enfermedades graves; pero sus esfuerzos fueron inútiles, y una mañana en que madre é hija se ocupaban con la asiduidad de costumbre en el arreglo de la casa, oyeron parar un coche, donde traian enfermo al cariñoso padre, al fiel esposo, acompañado por un compañero de oficina; éste trató de tranquilizarlas, confiando en que seria una pasajera indisposicion, pero el facultativo llamado al momento, no pudo, por desgracia, confirmar tan halagüeñas esperanzas: despues de examinarlo detenidamente y escribir varias recetas, salió á incorporarse con el acompañante del enfermo, y sin esperar á ser interpelado por éste, exclamó: «Está herido de muerte; creo será cuestion de muy pocos dias.» Cumplióse desgraciadamente tan funesto pronóstico, y el que habia sido modelo de virtud, lo fué hasta el último momento de su existencia, viéndose rodeado de todos los auxilios de la religion, y muriendo con la tranquilidad del justo.

Madre é hija sufrieron con profundo dolor, á la par que con admirable resignacion, el rudo golpe que las privaba del sér tan querido, y las sumia en una vida de trabajo y privaciones. Ambas cosas fueron aceptadas valerosamente por la pobre niña, y tambien con buen deseo por la madre; pero más débil ésta por los años, y superando la amargura á sus fuerzas físicas, apoderóse de todos sus miembros una debilidad que no tardó en ser una total parálisis. ¡Qué cuadro tan triste formaba aquel hogar, dias antes tan dichoso! La angelical Dolores trabajaba con ardor; pero ¿qué produce el trabajo de la mujer en España? Nada, casi nada; y, no obstante, aquella enferma necesitaba especiales cuidados que exigian gastos; aquella niña, en la flor de su vida, habia de alimentarse suficientemente para poder soportar la tarea que se habia impuesto, y en la que apenas destinaba unas cuatro horas para el indispensable descanso... ¿Qué sucedió? Que consumidos en su totalidad los pequeños ahorros, se empezaron á vender los muebles, entrando en turno hasta la cama de aquella hija modelo de amor filial; pero todos los sacrificios eran insuficientes, llegando dia en que faltó para los medicamentos y precisa alimentacion de la enferma. ¿Qué



hacer? Momentos supremos: la miseria se presentaba con todo su triste aparato ante la vista de la desventurada hija: entónces cruzó por su mente el último recurso; acudir á un prestamista. Pero, ¿qué podría empeñar? Luchó algunas horas, pero, por fin, se decidió á buscar á un hombre que le habian asegurado daba pequeñas cantidades á rédito: aquel, en su principio, rechazó la proposicion; pero asegurándole que aún quedaban en la casa la cama de la enferma y algun otro objeto, prometió ir á revisarlos por sí mismo, reservándose para entónces una definitiva contestacion. Pocos momentos despues entraba aquel sugeto en una modesta boardilla, pues á eso hubieron de reducirse la infeliz viuda y su hija. Con esa calma glacial que trasparentea, digámoslo así, la frialdad de un corazon metalizado, repasó uno por uno los pocos enséres que allí habia, anotándolos y valorándolos con detencion; pero sus ojos se fijaron en un pequeño Crucifijo de talla colocado á la cabecera de la cama, y no titubeó en ir á descolgarlo, sin duda para apreciar mejor su mérito artístico; pero la admirable niña, que habia sabido desprenderse de cuanto la pertenecia, sin quedarle más trage que el puesto, impidió su accion, exclamando: «¡Eso, jamás! Fué lo último que mi padre tuvo en sus manos; con él me bendijo; guardaos de tocarlo.»

Aquel hombre, que solo creía encontrar víctimas sumisas, y que, por otro lado, veia un objeto de su villano comercio, contestó con irónica sonrisa:—Guardadlo en buen hora; pero si no teneis más que esos cuatro trastos para responder, no seré yo quien os preste cinco duros.—¿Cómo? ¿No valdrán esa cantidad los muebles que nos restan? preguntó la inocente niña.—No digo que nó, contestó el interpelado; pero como quiera que el negocio es de suyo malo, tiene que ser á rédito compuesto, y tendrian ustedes que firmar un recibo de diez.—¡Santo Dios! exclamó la pobre enferma, que hasta entónces habia guardado un doloroso silencio:—¿Y tendreis valor para semejante cosa?

Una carcajada fué la contestacion.

Despues de unos momentos, bien crueles por cierto para las infelices, aquel hombre de rudos modales comenzó á im-



pacientarse, ó á aparentarlo, con semejantes frases:—Os advierto que pierdo el tiempo; decidíos á dar el Crucifijo, y si no...—Podeis marcharos, caballero, interrumpió la enferma; dispensad si os hemos ocupado este breve rato: antes que causar ese supremo dolor á mi pobre hija, resistiré valerosamente la miseria; *pediré limosna*, sí; que el ser pobre no es una deshonra.

Aquel hombre comprendió que era inútil la insistencia, y se disponia á marchar, cuando apareció en la puerta una señora anciana, modesta, y rigurosamente vestida de luto, acompañada de la vecina que ocupaba la boardilla contigua, y que, bien informada de lo que allí pasaba, fué en busca de la virtuosa señora que habia de ser el ángel de la caridad para aquella tribulada familia: á primera vista se convenció de que en nada se le habia exagerado, y abrazando cariñosamente á la enferma, exclamó: «Desde hoy vuestra hija tendrá dos madres.» La jóven corrió á besar su mano, inundándola con sus lágrimas; pero no ya lágrimas de dolor, sino lágrimas de consuelo.

¡Qué contraste formaban aquella venerable anciana portadora de la esperanza, y aquel hombre, á cuyo paso iba deramando la desesperacion! Sin duda hubiese deseado vivamente deslizarse sin ser visto; pero la vecina, con esa ingenuidad propia de las hijas del pueblo, se acercó, diciéndole: «Mire V., amiguito, aquí ya no hay sangre que chupar; me parece que puede V. tomar la escalera.» El no se lo hizo repetir dos veces.

Desde aquel dia, todos los gastos corrieron de cuenta de la compasiva dama, que, conoedora de la manera de hacer el bien, lo hacia siempre como recompensa de labores confiadas á la jóven, y pagadas naturalmente á muy buen precio; pero que proporcionaban á la virtuosa hija seguir ejerciendo su bella mision, amar el trabajo, y á la infeliz enferma unir su gratitud al amor materno.

Todas las noches, postrada Dolores ante su venerado Crucifijo, pide con fervor por su cariñosa bienhechora, cuyo nombre ignora, habiéndola dado el del «Angel del hogar»; pero jamás termina su oracion sin pedir el arrepentimiento



de aquel que llenó de amargura su alma, del usurero; atendiendo así al prudente consejo de su protectora: «Aborrece el delito; compadece al delincuente: ó más bien: *aborrece el pecado y compadece al pecador*», porque la usura, con ser daño tan grave y maldad tan grande, no está penada por la ley, ni puede estarlo de hecho; porque, como de la de Dios, se burla de las de los hombres.

R.

---

## MEMORIAS DE UN NÚMERO.

---

### Lo que aplaude el pueblo.

Con decir que señalaba el orden numérico de un tendido en la plaza de toros, queda dicho si habré presenciado brutalidades, indecencias y horrores, y podido observar á la humanidad por una de sus fases más repugnantes y aborrecibles. No quiero hablar hoy de los señores que por su lenguaje y maneras se ponen á nivel de la ínfima plebe, ni de las mujeres dignas de tales hombres, ni de la sangre que corre, ni de los intestinos que cuelgan; ni, en fin, de aquella fiera con miles de cabezas que aullan improperios, blasfemias y oscuridades, y brama complacida ó irritada, según se hace ó no á su gusto la carnicería.

Los recuerdos que pasan hoy de mis apuntes á este papel, no son de una corrida de toros, sino de esas funciones que en invierno se dan en la plaza y á donde acude la muchedumbre, acaso más por el atractivo del local que del espectáculo, y recuerdan al borracho que, teniendo que beber agua por precepto facultativo, quería al menos que se la echasen en una bota de vino.

Formaba parte esencial de la fiesta á que me refiero una mojiganga, cuyo argumento era el asalto de una casa por una cuadrilla de bandidos, y la persecucion de estos por la fuerza pública. Todo hecho muy *á lo vivo*, como decia la gente, porque la casa, si no de piedra ni de ladrillo, era de lienzos, cartones y maderas que imitaban bastante bien construcción



más sólida; y en cuanto á las personas, de carne y hueso, iban unas de uniforme y otras vestían el traje de los niños de Écija, y el que lucen los *caballistas* y los *muchachos* en la tierra de María Santísima. Los caballos, unos con el equipo de ordenanza y otros con arreo á la jerezana, también eran *de veras*, lo mismo que los sables, navajas, carabinas y trabucos, con sus correspondientes descargas, lo cual, por su propiedad, movimiento y ruido, causaba las delicias de la multitud. Al verla tan alegre hacia yo tristes reflexiones, y me preguntaba si, como hay una policía urbana que recoge las aguas inmundas en conductos subterráneos y la basura en carros, no debería haber otra moral que barrera de las diversiones públicas, esos espectáculos subversivos del orden moral y social, en que se da pábulo á los errores y rienda suelta á los malos instintos, escarneciendo lo que se debe ensalzar, y ensalzando lo que es digno de execración.

Vino á interrumpir el curso de mis pensamientos la oleada sonora, saludo al espectáculo que daba principio. Emprenden los ladrones el asalto de la casa, cuyas puertas y ventanas, sólidamente construidas, no ceden á los hachazos y trabucazos que menudean por uno y otro lado. Durante esta primera parte de la función, el público atento permanece neutral, sin dar señales de tomar parte por los moradores de la vivienda, ni por los que quieren saquearla, y como si mirase con igual indiferencia la hacienda y la vida de los de adentro, y el atentado de los de afuera.

Pero hé aquí que llega la fuerza pública; trábase encarnizado combate entre ella y los foragidos, y el público sale de su neutralidad. ¿Cómo? ¿Cómo ha de salir? (Pensarán ustedes lo mismo que hubiera pensado yo), alentando á los soldados con aplausos y palabras, y denostando á los ladrones. Pues sucede todo lo contrario; pónese de parte de los bandoleros; los anima á la resistencia; prorumpe en voces de alegría cuando llevan lo mejor en la pelea; aplaude frenético sus actos de valor; dirige palabras de conmiseración á los que caen, y denuestos é improperios á la tropa, cuya victoria acompaña con una tempestad de desvergüenzas y silbidos. El público, que en la plaza de toros es el pueblo, simpatiza con



el crimen, es hostil á la justicia, y silba el triunfo de la ley.

Así termina la funcion: la gente se marcha, la noche viene, y ni su silencio, ni la soledad en queda el circo, interrumpen las reflexiones más desconsoladoras que he hecho desde que señalo el tendido duodécimo. Marcando filas ó asientos en los teatros, he visto aplaudir cosas censurables, tolerar lo que no debia pasar sin correctivo, y marcarse de una manera evidente el bajo nivel del público, tanto en lo moral como en lo intelectual, ya se trate de las reglas del arte, de las austeridades de la virtud ó de los matices del buen gusto. Pero estas desviaciones de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello, ó no llegaban á ser diametralmente opuestas al grupo trino y uno, ó si lo eran, venia algun sofisma en forma de pasion ó de error, con oropeles de poesía ó de sonoridad, con el prestigio del éxito ó el patético de la desgracia, y engañaba á la multitud, que iba con su extravio á donde no hubiese podido ir con su cinismo. El poeta trágico ó cómico le daba chistes ú horrores de mal género, pero envueltos en acciones rápidas que no daban lugar á reflexionar, violentas que agitaban el ánimo, y con circunstancias propias para fascinar entendimientos muy á oscuras y torcer conciencias poco firmes. Yo habia oido aplaudir el mal, pero disfrazado; con algun disfraz grotesco ó trasparente, pero con disfraz. Así se aplaude en el teatro, y creia que, en tan desdichado camino, no se podia ir más allá: me engañaba. En la plaza de toros, el pueblo aplaude á los bandidos, no prescindiendo de que lo son; no fascinado porque en calidad de patriotas, de padres, de hijos, de amantes, se hallan en situaciones interesantes, en uno de esos graves conflictos en que el corazon del hombre, desgarrado, destila sangre y arranca lágrimas á todo hombre, sino pura y simplemente como salteadores: tienen armas y caballos, van á robar: hé aquí sus títulos al aplauso y simpatías de la muchedumbre. ¿Qué significa esto?

Aunque el hecho pase desapercibido, su significacion no puede ser más evidente ni manifestar llaga más cancerosa corroyendo las entrañas de un pueblo. La historia del nuestro explica su extravío, pero creíamos estar en un momento histórico más adelantado y vivir entre hombres que, si no



podían prescindir de lo que fueron sus mayores, al ménos no conservaban íntegra la triste herencia.

Siglos de leyes injustas y de poderes opresores han cimentado ódio, no extinguido, á la ley y á la autoridad. *Mandar*, significa *oprimir*; cuando la ley es mala, se exagera; cuando buena, no se cumple; al que la tiene de su parte, no se le considera como justo, sino como afortunado, y los modos de burlarla se buscan segun el carácter de cada uno, clasificándose por un órden en que influye más la circunspeccion, el miedo, el cinismo ó la hipocresía, que la conciencia. El poder se mira como una prensa que estruja la sustancia del pueblo, como un estómago insaciable que pide siempre más, como un freno que contiene á los débiles y que los fuertes rompen sirviéndose de sus fragmentos para herir. El órden, es el silencio de los que sufren; la prosperidad, la alegría de los que gozan; la justicia, el contentamiento de los que llevan la mejor parte y no temen que nadie los turbe en el goce de los dones de la casualidad, ó de los productos de la superchería, etc.

Así lo habrá visto el pueblo; así, exagerando, sin duda, sus agravios, debe verlo, cuando mantiene tan viva su hostilidad rencorosa contra el que manda, y silba el triunfo de la ley. Únese á esto cierta propension salvaje á celebrar las manifestaciones de la fuerza, propension que robustece el éxito que, á su parecer, no puede existir sin ella; el espíritu aventurero que simpatiza con todo género de aventuras, ya sean del noble D. Quijote, del picaresco Gil Blas ó del cruel Jaime el Barbudo; el prestigio que ha dado la poesía á bandidos afamados, haciéndolos figurar como protagonistas y como héroes en romances y comedias; la supersticion que, ocupando muchas veces el lugar de la religion, se amalgama con el vicio y con el crimen ó le absuelve con facilidad propia para alentarle: estas y otras causas añaden á la enemiga contra la autoridad la simpatía por los hostiles á ella, resultando gran suma de rebeldías latentes que se hacen manifiestas siempre que hay ocasion propicia.

Sin negar el progreso, no puede desconocerse que es lento cuando se ven hechos como el que consigno, y deberian em-



plearse medios morales é intelectuales que influyeran en el ánimo de la multitud, para extinguir simpatías de donde nacen poderosas complicidades con el bandolerismo. Mientras se aplauda en los espectáculos, no se extirpará de raíz en los campos.

## 12.

### LAS SOCIEDADES OBRERAS EN INGLATERRA.

Las *Trade's Unions* en Inglaterra, antes de llegar á la situación en que se encuentran, han tenido que pasar por constantes persecuciones, por la aplicación de leyes especiales y por todos los rigores de crueles castigos, impuestos y cumplidos con exactitud penosísima.

Examinemos, aunque á la ligera, algunos precedentes.

Llegó el año 1348, de espantoso recuerdo para Inglaterra, y una peste cruel y terrible mermó la población en poco tiempo y en más de un 25 por 100. A consecuencia de esta horrible desgracia, la mano de obra escaseó y su valor creció de un modo extraordinario, tanto, que el Parlamento creyó de su deber intervenir, fijando un *máximum* al valor del trabajo. Las Asambleas siguientes, no solo mantuvieron en vigor estas tarifas, sino que las agravaron más aún con leyes todavía más restrictivas que la primera.

Para oponerse á éstas se crearon las *Trade's Unions*, que fueron perseguidas con saña: hombre hubo á quien se le cortó una oreja por habersele probado que habia reincidido en pertenecer á tales sociedades, que se calificaban de secretas.

Pero llegó 1824, y las sociedades obreras dejaron de ser perseguidas, si bien quedando sujetas á una legislación especial, que, aunque no las relevó del estado de servidumbre, las puso en condiciones de llegar gradualmente á ejercer la poderosa influencia que hoy tienen en la industria británica.

Las *Trade's Unions*, que en los primeros tiempos no limitaban las huelgas á la acción pasiva de no asistir al trabajo, sino que conspiraban para destruir las industrias, navegan hoy por aguas más tranquilas é impulsadas por la benigna brisa de la prudencia; así se explica, así se comprende, no



sólo el extraordinario desarrollo que han adquirido, sino los excelentes cuanto justos resultados que han alcanzado.

En 1876 calculaban 800.000 afiliados; algunos estadistas los hacían pasar del millon.

Ocho años antes, en 1868, comenzaron á celebrar anualmente Congresos, que debían reunirse en una de las grandes ciudades del Reino-Unido, previamente designada.

El del año último se ha verificado en Lóndres, discutiendo, no solo los problemas relativos á la reglamentación del trabajo en sus relaciones con obreros é industriales y el alza de los salarios, sino también de todas las cuestiones sociales y jurídicas que pueden violentar los derechos del obrero.

Así es que este Congreso ha podido ocuparse extensamente de la reciente ley relativa á la responsabilidad de los industriales en punto de accidentes ocurridos á los obreros. La Asamblea ha reconocido que uno de los vicios de aquella es la facultad que ha dejado á los industriales de tratar con los obreros amigablemente y por vía de contrato la responsabilidad legal, adoptando la resolución de dirigirse al Parlamento, invitándole á que revise la ley en este punto.

Como incidente notable bastaría el de que nos hemos ocupado; pero citaremos otro, el más interesante de todos, el que ha servido para terminar la sesión.

El Congreso se ha ocupado de las negociaciones para la renovación de los tratados de comercio. La mayoría de la Asamblea se ha pronunciado á favor del sistema libre-cambista.

El obrero inglés reconoce y confiesa que falta mucho que andar todavía para llegar á su mejoramiento; no oculta tampoco las dificultades que á ello se oponen, y declara que mucho bueno se ha hecho, sin regatear su gratitud á quien la merece.